

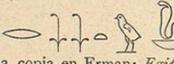
ideas que en el culto de Amsi desempeña el de los dioses carneros y bueyes, en los cuales se adora á los poderes de la fertilidad (lo propio sucede respecto de la diosa de las cosechas Ramit (1), á la cual se llevaban las primicias de los campos, y de otros dioses protectores del bienestar agrícola).

Al lado y por encima de estas divinidades que presiden á la vida de la tribu y á la del individuo, hay las potencias que rigen el mundo y el curso de la naturaleza y forman la cúspide del reino espiritual. Es esta una creencia que tambien encontramos en todas las religiones primitivas, así en los fetichistas negros, como en los indios de la América del Norte,



Sacerdote egipcio de tiempos mas modernos, con la cabeza completamente rapada y una larga túnica de hilo.

como entre los semitas. La divinidad superior ó las grandes divinidades que gobiernan el mundo están á una altura demasiado elevada para cuidarse mucho de los hombres, y por esto si bien se les reconocia, eran poco ó nada veneradas, al paso que los demonios puestos á sus órdenes eran importantes en primera línea (2). En Egipto, sin embargo, estas divinidades supremas no eran concebidas de un modo puramente abstracto, como «el gran espíritu» de los indios, sino que se las concebía de la misma manera que los indogermanos concebían á la divinidad de la luz. Al frente de estos dioses está el dios del sol Re ó Ra, que en todo el Egipto es reconocido como la suprema divinidad que gobierna el mundo, pero que por lo mismo no tiene en ninguna parte un culto local (3): este dios con su infinita majestad está muy por encima de los hombres y de los dioses. Junto á él está el sol, divinidad jóven y guerrera, que nacido cada mañana de la diosa del cielo, tiene que luchar de continuo contra los poderes enemigos que se oponen á su victoriosa marcha y que quieren impedir que envíe su luz al mundo: tal es el dios solar Horu (4), el eterno enemigo de su hermano gemelo Set, el poderoso demonio de las tinieblas. Al lado de ellos se encuentran las diosas del cielo que dan á luz al sol, Isis, Hathor, Nut, el dios de la luna (Aah), las brillantes estrellas, tales como la estrella de la mañana, el Orion, la Sothis (Sirio), etc. Todas estas divinidades pertenecían al imperio celeste del Re, pero algunas de ellas estaban mas cerca de los hombres

(1) En Mariette: *Mast. D 25*  Ranetu (?) Para lo referente al culto véase la copia en Erman: *Egipto*, I, 278 (período tebano).

(2) De igual manera se presenta casi en absoluto retirada la divinidad en la religión popular católica (no en el sistema teológico) y especialmente la primera persona creadora del mundo que tiene su verdadero contraste en el papel que representa el Re' ó Tum en la teología egipcia: los santos locales son los poderes que asisten á los fieles en sus necesidades y á los cuales estos ofrecen votos y acciones de gracias. La misma idea se nos ofrece, bajo una interesante transformación, en el sistema de los neo-platónicos y gnósticos, que tambien se desarrolló en el suelo egipcio.

(3) Solo en Heliópolis fué, al parecer, despues dios de la ciudad, porque en ella se confundió con Atum, formando una sola unidad.

(4) En su forma primitiva se escribía  y se pronunciaba *Hru* ó *Huru*. Este nombre le designa quizás como «Alto» ó «Celeste.»

y podían entrar en relaciones directas con ellos. En algunos lugares, como en Edfú, se adora al dios solar Horu, que se manifiesta en el rayo solar que vuela sobre el cielo y en el gavilán sagrado; la diosa de Dendera, que se presenta bajo la forma de una vaca, es asimismo la diosa celeste Hathor, casa de Horu; en Hermópolis, el dios de distrito Thot, con cabeza de ibis, es considerado tambien como dios de la luna, es decir que, segun la creencia de sus adoradores, se manifiesta su dios tutelar no solo como animal sagrado sino tambien en la forma de aquel cuerpo celeste. Es probable que desde tiempos muy antiguos los sacerdotes desarrollaran estas ideas en algunos lugares, pero nos parece conveniente dejar para otra seccion el hablar detalladamente de ellas.

De estos elementos de que hasta ahora hemos hablado se componen los «círculos de dioses» (*paut*) de los distintos distritos y lugares de culto. Al frente de ellos se encuentran los dioses principales (*sasanut*), y en primera línea el verdadero «señor» del nomos y de la ciudad (5), junto al cual se agrupan formando una serie determinada las demás «almas» del lugar, como se las denomina tambien con mucha frecuencia.

En algunos casos, encontramos la misma divinidad venerada en distintos lugares, ó mejor dicho, vemos designada con el mismo nombre á la divinidad de distritos diferentes (6), y esto nos demuestra que las tribus residentes en los diversos distritos estuvieron, en otro tiempo, en relaciones de afinidad que luego desaparecieron. Así por ejemplo, el dios codrilo Sebak es el señor de Ombos y de Fayum; Horu lo es de Edfú, de Letópolis y de otros sitios, y Hathor parece venerada en muchos puntos. Anubis es el dios de un gran número de distritos del valle central del Nilo (7), que probablemente formaron en su origen una unidad y que se separaron despues por razones administrativas ó á consecuencia del posterior desenvolvimiento histórico (8).

No sabemos cuáles fueron los pormenores de este culto en los primitivos tiempos, y solo podemos afirmar, procediendo por la comparacion con otros análogos desenvolvimientos, que las que eran en su origen cosas sencillas fueron complicándose cada vez mas. Lo que en un principio era secundario y accidental, fué despues rigurosamente observado. «Los egipcios — dice Herodoto (9) — perfeccionaron mas que ningun otro pueblo las doctrinas de los presagios (τέρατα) pues en cuanto se presenta alguno de ellos especifican con gran cuidado lo que luego sucede, y cuando se reproduce esperan que ha de ocurrir el mismo suceso.» El fundamento del desarrollo del ceremonial religioso es siempre el mismo, pero en Egipto como en la India adquirió este ceremonial inmensas

(5) Raras veces se ofrecen juntos varios dioses principales y cuando esto sucede es como consecuencia de sucesos históricos, es decir, por haberse unido formando una sola varias comunas en su origen independientes. Así sucedió, por ejemplo, en Menfis, donde están juntos y debieron, por tanto, identificarse desde muy antiguo Ptah, Sokar y el de Tanent. En los territorios fronterizos de la Nubia, que por efecto de la colonización llegaron á ser egipcios, encontramos unidos un gran número de dioses principales.

(6) Originariamente y segun la creencia popular de todos los tiempos, estos dioses, aunque designados con el mismo nombre, son considerados como seres distintos. Lo propio sucede con los santos católicos.

(7) El señor de Duf (*nomos Antaeopolites*), de Siatu (Lykópolis, hoy Siut) y de Sepa (Kynópolis).

(8) Los datos de las listas ptoleméicas de los nomos que sobre el culto en los distintos lugares ha publicado Dumichen, difieren á veces de los que aquí reproducimos: sin embargo, su valor para el conocimiento del culto originario de un lugar, es problemático, caso de que le concedamos alguno, pues solo presentan el último resultado de un desenvolvimiento histórico-religioso de tres mil años, en el cual con harta frecuencia encontramos completamente alterada, intencionada ó casualmente, la primitiva forma.

(9) II, 82.

proporciones. Es preciso espiar á la divinidad para saber de qué manera quiere ser venerada y sorprender sus exigencias respecto de los hombres, y preciso es confesar que los egipcios fueron maestros en este arte, cuyos representantes son los sacerdotes. Estos se dividen en dos clases: la de «servidores de Dios» (*hnu nuter*) y la de «puros» (*'ubu*): cuanto mas se perfecciona el ceremonial del culto, tanto mas se separa del vulgo la clase sacerdotal, como clase superior que está en inmediato contacto con los dioses, pues cada vez se hace mas difícil á los fieles particulares conocer el complicado ritual (en egipcio *daru*), amén de que va adquiriendo gradual fuerza la idea de que para que resulte eficaz un sacrificio es precisa la intervencion del sacerdote. En los mas antiguos tiempos históricos de Egipto, en la época de las pirámides, encontramos una clase sacerdotal muy respetada y en extremo poderosa, pero le faltaba dar un paso mas para llegar á ser un verdadero sacerdocio. Vamos á seguir este desenvolvimiento en sus diferentes estadios.

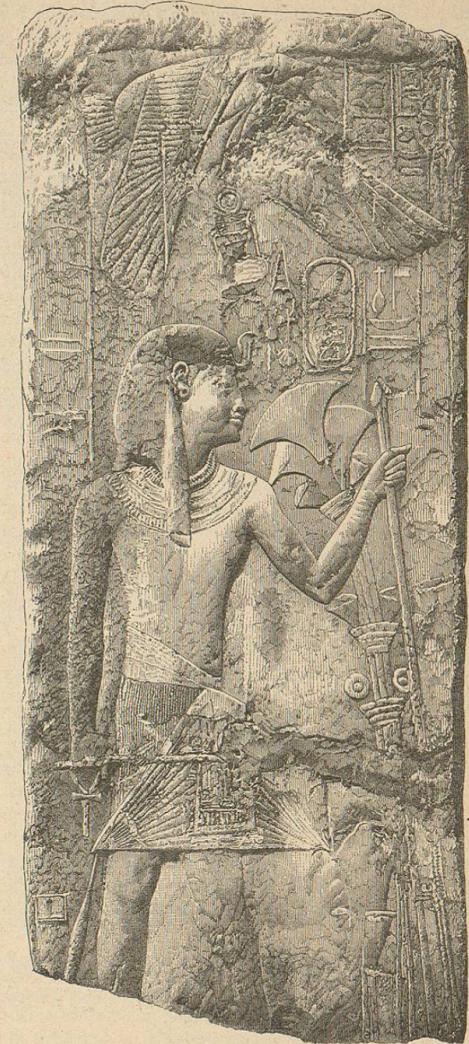
Con el desarrollo de una civilización superior suele correr parejas el aumento de las necesidades espirituales y mayor intensidad en las prácticas religiosas, no solo porque la meditación tiende á ello mas que en los tiempos primitivos, sino tambien porque las necesidades de la vida se aumentan considerablemente y hacen por tanto mas indispensable la protección divina. El hombre se afana entonces para adquirirla por todos los medios posibles y contar con ella como con un factor fijo, y por esto pone entre él y la divinidad el artificioso aparato del ritual que debe operar como una máquina. En el estado primitivo, la relacion es mas inmediatamente personal y por tanto mas mudable. Los egipcios del tiempo de Herodoto «tienen mas temor de Dios que los demás hombres (1),» y esta afirmación podía ya aplicarse á los del florecimiento del Nuevo imperio. En cambio, no cabe hacer aplicación de ella á la población del primitivo Egipto, y en la época de las pirámides la religión no traspasa todavía los límites dentro de los cuales suele estar encerrada en la mayoría de los pueblos: cierto que constituye un factor poderoso de la vida, pero no es aun el mas importante y por lo tanto el único imperante.

Lo que se pide á Dios es que proteja en todos conceptos al Estado y á sus individuos, que les conceda prosperidad y victoria y les preserve de todo mal. Tambien se invoca á Dios en los casos de calamidad; la divinidad debe aconsejar al hombre la resolución que ha de adoptar para lo porvenir en los momentos difíciles y debe iluminarle cuando un suceso importante parece oscuro é inescrutable á los ojos del hombre. En Egipto, como en todas partes, los principales lugares de culto son tambien oráculos. Por esto el hombre debe á la divinidad algunas prestaciones, y los dioses como los poderes del Estado perciben de sus vasallos tributos que consisten en víveres, pan, carne, leche, cerveza y vino, pues el dios ha de vivir tan bien como el rey; además de esto se le ofrecen flores y «se recrea su olfato con aromáticos incienso.» Tambien se le presentan vestidos y adornos en abundancia. Tales son «los objetos buenos y puros que se colocan en la mesa del sacrificio y de los cuales vive la divinidad,» como se dice en las fórmulas de posteriores tiempos (2). Con estos dones procura el adorador «contentar» (*shotep*), es decir, mover á benevolencia, á la divinidad, y por lo mismo los sacrificios se denominan «dones de paz» (). Además de esto, los lugares del culto tienen sus rentas especiales y poseen grandes propiedades que sirven para manutención del

(1) II, 37.

(2) En el antiguo imperio no existe, que yo sepa, esta fórmula.

sacerdocio. Tampoco fueron ajenas al primitivo culto las fiestas que se celebraban en determinados dias del año, con motivo de las cuales acudia al santuario toda la población del distrito celebrando con este motivo su mercado anual (3). Para esto se pedia á la divinidad que, á su vez, cumpliera



Bajo relieve del rey Menkaure (5.^a dinastía). Sobre él se cierne el buitre de Necheb con el anillo-sello (de las ruinas del Serapeum).

sus deberes. Los egipcios conservaron hasta tiempos muy posteriores la candidez con que las religiones fetichistas suelen expresar la reciprocidad de las relaciones con la divinidad. «Cuando hay fuerte y persistente sequía — dice Plutarco — y se desarrollan, en su consecuencia, epidemias u otras plagas, los sacerdotes sacan durante la noche, secreta y calladamente, á alguno de los animales sagrados y le amenazan; y luego si no cesa la calamidad, le bendicen y le matan sin que el vulgo sepa nada (4).» Esto, dicho en otras palabras,

(3) Damos mas pormenores en adelante.

(4) Plutarco (*De Is.*, 73) añade á ésta la extraña afirmación de que los animales son tifónicos y eran adorados para apaciguar á Tifon: esto

significa que si el dios no cumple con su deber será castigado en su fetiche, costumbre que encontramos tambien con frecuencia entre las tribus negras.

Por otro lado, tiene la divinidad determinadas exigencias para con los hombres: es un sér secreto al cual, como al rey, no puede el hombre acercarse sin ceremonia. Hay cosas contrarias á la divinidad y «que le repugnan,» como por ejemplo el uso de ciertos pescados, del cerdo, etc. El adorador debe estar ante todo limpio de toda mancha y no puede acercarse á Dios inmediatamente despues de haber estado en contacto carnal con la mujer, sino que ha de lavarse y ha de lavar sus vestidos, etc. Lo primero que se exige á los servidores de la divinidad es la pureza, y por esto se les llama tambien «los puros» ('ub). «Los sacerdotes se rapan todo el cuerpo cada tres días y solo pueden llevar una túnica de hilo y sandalias de papiro: se lavan dos veces al día y dos durante la noche con agua fría y tienen que observar otra multitud de prácticas por este estilo (1).» A estas pertenecia tambien la circuncision que practicaban principalmente los sacerdotes y asimismo una gran parte del pueblo y que se extendió fuera del Egipto por el África y por el Asia (2). Esta operacion era un sacrificio de la propia sangre ofrecido á Dios, nacido de una costumbre de bodas: el rito se celebraba, en su origen, en la persona del novio, para que ingresara puro en el matrimonio (3). Esta y otras costumbres análogas eran naturalmente distintas en cada distrito y fueron paulatinamente desenvolviéndose hasta llegar á ser fórmulas fijas. La idea que les sirve de fundamento siempre es la misma, á saber: que á la pureza exterior corresponde la interior. Todo lo existente descansa en Dios, fundamento del orden social y político, que ha salido de su voluntad y que subsiste en él; de aquí que todo cuanto se ha reputado en todo tiempo esencia de la conciencia social, es decir moral, es considerado como voluntad y exigencia de la divinidad. Esta no es moral; tampoco es moral la relacion del hombre con ella, sino que es necesaria por naturaleza; pero como los principios morales descansan en una necesidad natural y nacen inmediatamente de las condiciones de la vida social comun, se les considera como preceptos de la divinidad que ha creado y determinado la forma de la vida de la sociedad. El que viola los preceptos morales, en una época tenidos por sagrados, y comete un delito, es considerado como impuro á los ojos de la divinidad y por ésta perseguido y castigado. Cuanto mas se perfeccionan y robustecen, con los progresos de la civilizacion, las nociones morales, tanto mas severas son las exigencias de la divinidad bajo

no puede considerarse como absolutamente inexacto, en cuanto todo lo malo era calificado de tifónico, y las divinidades veneradas en la forma de animales no son seres bondadosos, sino demonios poderosos y despóticos que debian ser castigados por sus caprichos.

(1) Herodoto, II, 37 (véase mas adelante).

(2) Herodoto, II, 37, 104. Jos., c. Ap. II, 13, Diod., III, 32 y otros. Segun un relieve reproducido por Chabas, *Revue archeol.* N. S. III, 1861, por Ebers (*Egipto*) y por el B. Mos., 280, se practicaba la circuncision en los niños como actualmente la hacen los mahometanos. El historiador elohístico (Libro de Josué, 5, 9) llama al prepucio «la vergüenza de Egipto,» es decir, algo que á los ojos de los egipcios era vergonzoso é impuro.

(3) Wellhausen, en sus «Prolegómenos para la historia de Israel,» segunda edicion, pág. 360, explica la costumbre muy acertadamente, pues los nombres de novio y de yerno, así en hebreo como en árabe, se derivan de la raíz *chatana* (circuncidar): véase Exodo, 4, 25. Debo rectificar mi opinion, manifestada en la *Historia de la antigüedad*, de que la circuncision era una castracion suavizada, pues Ebers ha dicho con razon, en contra de ella, que en Egipto no se encuentra huella ninguna de la castracion. La opinion de Stades: *Historia del pueblo de Israel*, de que la circuncision era primitivamente un signo de raza de los hebreos, es tambien dificilmente sostenible, pues en su origen no es esencialmente hebrea, y por el contrario es probable que fuera adoptada siguiendo el ejemplo de Egipto.

este concepto (4). El último resultado de este desenvolvimiento es que ahora, por el contrario, las nociones morales se hacen tambien extensivas á la divinidad, convirtiéndose á ésta en un sér moral, cosa á que nunca se llegó en Egipto.

Por regla general, la religion egipcia de los primitivos tiempos ofrece un carácter de sencillez y hasta de claridad, por mas que en ella no faltan algunos excesos y que en los tiempos mas antiguos pudo muy bien suceder que en algunos casos calamitosos apelara aun á los sacrificios humanos. Refieren algunas leyendas que en épocas primitivas eran sacrificadas las personas de cabello rojo, por llevar el color del demonio Set, hasta que posteriormente se sacrificaron en su lugar bueyes y otros animales de pelo rojo (5) y Manethon refiere que en otro tiempo, en Eileithyia, se quemaba á hombres vivos y que en Heliópolis se hacian á Hera análogos sacrificios hasta que el rey Amosis mandó sacrificar, en vez de personas, muñecos de cera (6). Es muy posible que en estas leyendas se hayan conservado, como en las relaciones hebraicas del sacrificio de Isaac y de la hija de Jefté, los recuerdos de antiguos sacrificios humanos, por mas que las leyendas tales como hoy existen tienen un carácter mas bien etiológico. Teniendo que explicar por qué eran sacrificados los bueyes de pelo rojo, por qué en Heliópolis se consagraban muñecos, etc., presentan estos usos como restos de antiguos sacrificios humanos. En los monumentos, sin embargo, no se encuentra la menor referencia á ellos. Para los egipcios de los tiempos históricos estos sacrificios eran completamente desconocidos y considerados como una crueldad, como lo eran tambien para los posteriores hebreos (7).

Mucho mas extendidas se hallaban en Egipto, desde los tiempos primitivos, otras prácticas supersticiosas, tales como las tentativas para ponerse en relaciones con los demonios, para adquirir poder sobre ellos y para utilizarle con fines mágicos, y por otro lado para asegurarse contra las influencias malélicas de los demonios y hechiceros. El perfeccionamiento de las doctrinas demoniacas y de la deisidemonia en alto grado, que caracteriza á los posteriores egipcios, pertenece á una época posterior; pero las ideas que le sirvieron de fundamento se fueron desarrollando íntimamente ligadas con los principios de las nociones religiosas. Es indudable que en todo tiempo han creído los egipcios que existian muchos espíritus malélicos, que era preciso guardarse de ellos y que en ellos podia ejercerse cierta influencia; de aquí que se rodearan de todos los medios de defensa que proporcionaban las invocaciones á los dioses, los hechizos y los amuletos.

(4) Así como nosotros en este capítulo decimos simplemente «divinidad,» del mismo modo lo hacian todos los pueblos antiguos, lo mismo los egipcios que los griegos y los romanos, porque entre ellos era poco determinada la individualidad del sér aislado. Si se hubiera preguntado á un egipcio á qué divinidad se referia cuando decia: «El uso de la carne de cerdo es odioso á Dios,» ó «Dios ama á los obedientes y abomina á los desobedientes,» os habria contestado que se referia al «dios de su ciudad,» ó á Ra', ó simplemente «á todo Dios.» Se trata de preceptos que, por su naturaleza, proceden de todos los dioses, pues todos ellos son poderosos. Algunos modernos investigadores han creído, por un procedimiento extraño, ver en estas expresiones huellas de una idea de la unidad de Dios, de una especie de «theismo primitivo,» digámoslo así, cuando precisamente indican todo lo contrario.

(5) Esta forma de la tradicion resulta de la combinacion de Plut., *De Is.*, 31, y Diod., I, 88, segun cuyos autores el sacrificio se hacia en la tumba de Osiris, en Busiris. — No puede decirse positivamente si el fondo de la leyenda de Busiris pertenece á este capítulo. Véase Seleukos *év ois peri tēs par' Aiguptoiois andropodousias; diqēstai* en Athen., IV, 172.

(6) Plutarco, *De Is.*, 73, Porphy., *de abst.*, II, 55 (tambien de Seleukos), Los datos relativos á Heliópolis están en conexion con la narracion de la llamada «destruccion de los hombres?» Véase mas adelante.

(7) Igual juicio emite Herodoto (II, 45) sobre la leyenda de Busiris.

CAPITULO IV

LOS DOS IMPERIOS Y NACIMIENTO DE LA UNIDAD DEL ESTADO

Antes de reunirse en grandes Estados, los pequeños del bajo valle del Nilo debieron de sostener, durante mucho tiempo, grandes luchas entre sí para conquistar la preeminencia, hasta que por fin se agruparon en dos grandes Estados, «el del Sur,»—es decir, el largo y estrecho valle del Nilo, desde la frontera nubia hasta mas abajo de Fayum—y «el del Norte,»—que comprendia el Delta y además el que luego fué territorio de Menfis. El soberano del Sur llevaba el título de *suteni* (1) y como adorno en la cabeza un yelmo pintado

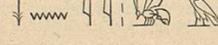
de color blanco ; su residencia era la ciudad de Nechebt ó Nechen, situada en el extremo meridional de su imperio, hoy llamada Elkab (la Eileithyia de los griegos), cuya diosa de distrito, llamada tambien Nechebt, era la diosa tutelar del Sur y ha sido en todo tiempo la diosa protectora de los reyes á los cuales conduce á la victoria. Muchas veces, las esculturas representan á su animal sagrado, el buitre, volando por encima del soberano y llevando el anillo-sello del rey entre las garras (véase el grabado de la pág. 145). Junto á ella, desempeñan un papel importantísimo en los escritos teológicos de todos los tiempos «las almas de Nechebt.» En otras partes, encontramos tambien demostrada la importancia de la antigua capital del país: en el Antiguo imperio, el título de

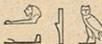
«juez de la ciudad de Nechen»  era el título oficial de un elevado funcionario de la magistratura, y la dignidad de «conde (*ha'i*) de Nechen y sacerdote de la diosa Nechebt (2)» solo se concedia á los supremos dignatarios del imperio. Algo mas pasó tambien de las instituciones del imperio del Sur al posterior Estado unitario, especialmente el supremo colegio de administracion y los «grandes del Sur,» de los cuales hablaremos mas adelante.

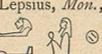
La propia importancia que en el imperio del Sur tiene Nechebt disfruta en el país septentrional la ciudad Pe ó Dep, como tambien se la llama (3), situada muy hácia el Norte, casi á la orilla del gran lago pantanoso Burlus, y en una comarca hoy completamente estéril pero que en la antigüedad debió de ser muy fértil y cultivable. La diosa de la ciudad y por tanto la protectora de todo el Norte es Uazit, venerada como vibracion de Ureu: por esta razon la ciudad es denominada muchas veces «habitacion de Uazit,» en griego Buto.

El rey del Norte lleva el título de , cuya pronunciacion

(1) Los dos títulos de rey son adjetivos en *i*; de aquí que el plural se

escriba generalmente , que se lee *suteniu... tiu*.

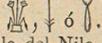
(2)  (no entiendo este grupo que tan á menudo se

encuentra  Mariette, *Mastabas*, D, 38, 46, Lepsius, *Mon.*, I, 45, 97, b. y en el título de Una: mas abreviado  Lepsius, *Mon.*, II, 16, 17.

Mariette, *Mon. div.*, 17 y otros. Tambien  pertenece á esto.

(3) No se sabe aun positivamente la relacion que entre ambos nombres existe. — Tambien «las almas de Pe y Dep» representan un gran papel en los textos religiosos. — Para lo demás, véase, por ejemplo: *Unasphy. II.*, 67, en donde «el ojo de Horo (es decir, el sacrificio), en Dep (Buto) y el «ojo de Horo en todas las ciudades de la corona del Norte,» están en paralelismo.

nos es desconocida, y lleva en la cabeza un casco de forma

muy especial , «la corona roja» del Bajo Egipto. Esta capital ha conservado aun posteriormente su importancia bajo el punto de vista de que «el señor de Pe»  se nos presenta en el Antiguo imperio como personaje igualmente elevado que el «conde de Nechen» y unido con él por el título de los supremos funcionarios (4). El escudo del imperio del Norte es el papiro , así como el del imperio del Sur es un loto ó un junco .

La division en dos del valle del Nilo egipcio sobrevivió mucho tiempo á la existencia especial de los dos imperios, tal como la habia marcado la naturaleza, y hasta la posterior época romana no vemos al país dividido en tres partes para los fines administrativos (Delta, Heptanomis y Tebaida), division que por un error tradicional se continuó en los mapas y descripciones del antiguo Egipto, por mas que nunca tuviera una importancia histórica y no fuera jamás aceptada por la misma poblacion. Actualmente, todavia subsiste la antigua division, con la sola diferencia de que ahora la frontera está en Beni-Snef, es decir, dos leguas mas hácia el Sur que en la antigüedad.

Para los antiguos egipcios, no habia mas mundo que su patria. A ambos lados del territorio fértil se extendia el árido é inaccesible «país rojo,» donde solo podian vivir algunas cuadrillas de salteadores y miserables nómadas; y por lo que hace á los lejanos países extranjeros no se hace de ellos mencion alguna entre los habitantes del Nilo hasta el siglo quince antes de Jesucristo. Así para el egipcio es en cierto modo una ley natural la de que el mundo está dividido en dos partes. «Los dos países» son para él toda la tierra y de la propia manera supone divididos en mitad Norte y mitad Sur el cielo y el infierno (5). El Este y el Oeste tienen tambien en el cielo una importancia de que no gozan en la tierra, así es que mientras los soberanos de Babilonia se denominaban «reyes de las cuatro partes del cielo,» á los egipcios les bastaba con el título de «rey del país del Sur y del país del Norte.» El egipcio se explicaba el origen de la division en dos partes del siguiente modo: el señor del mundo, Ra', para poner fin á la eterna lucha entre los dioses Horo y Set, dividió entre los dos la tierra, concediendo al primero el país del Sur y al segundo el país del Norte, ambos como imperio propio de cada uno.

De los dos imperios, como recientemente ha observado Erman (6), el meridional era indudablemente el mas cultivado, pues en los extensos pantanos del Norte la roturacion debia hacerse con mucha mas lentitud que en el angosto valle superior del Nilo y á esto se debió que en los tiempos históricos se hiciera mucho despues que en aquel valle. En tiempo del Antiguo imperio, como lo demuestran los dibujos

(4) Lepsius, *Mon.*, II, 16, 19, 45. Mariette, *Mast.*, D, 62 y otros. (5) La posterior teología solar deduce esta division en dos del curso diario del sol; véase Grébaut: *Hymne á Amon-Ra* (*Bibliothèque de l'école des hautes études*, XXI, 1875), págs. 161 y 173. Este autor busca equivocadamente en esta declaracion secundaria el origen de la idea. Cuando

se da á los dioses el título  «rey del Alto y del Bajo Egipto,» se les quiere con ello designar como los soberanos del mundo que gobiernan directamente y que intervienen en la vida terrenal.

(6) *El Egipto y la vida egipcia en la antigüedad*, pág. 32. Tambien demuestra que muchos nombres de poblaciones del Alto Egipto se reproducen en el Delta, lo cual prueba indudablemente la existencia en éste de una colonizacion realizada en posteriores tiempos históricos. — Véase mas arriba.